

Ser o no ser:

La experiencia fundante

P. Carlos Palmés, sj

Dos posturas en la vida

Ser o no ser “persona de oración”. Esta es la cuestión clave. En nuestras comunidades es fácil distinguir si somos o no somos hombres o mujeres de oración. O lo que es equivalente, si se ha dado en mí la “conversión afectiva” o segunda conversión¹.

Hay personas que después de años, siguen funcionando con criterios puramente humanos o tal vez mundanos (el dinero, el poder, la soberbia). En los momentos en que hay que tomar decisiones importantes o en las contrariedades de la vida, no son capaces de “subirse al piso de arriba”, al nivel de la fe, que me hace descubrir a Alguien dentro y fuera de mí que me acompaña y me hace leer mi vida como historia de salvación. Todo se juzga según los intereses personales o grupales, que no son precisamente los del Reino.

Y esto suele manifestarse en una gran sensibilidad en lo que toca a la propia imagen y al propio bienestar material, en una desgana para la oración a solas con El solo, en el horror a la abnegación que es la otra cara del amor, en la

¹ La primera conversión es del pecado a la gracia, es como una historia en blanco y negro y suele ser más dramática. La segunda conversión es de la mediocridad al fervor, a la vivencia radical del Evangelio. Suele ser más gradual y menos violenta, pero no menos profunda.

1. Reflexión Teológica

susceptibilidad e individualismo en la relación con los y las demás. Tal vez hay una actividad “apostólica” febril, pero sin tiempo para una oración sosegada ni para la vida de comunidad y sin tener muy claras las motivaciones... En fin, es el egoísmo más o menos al descubierto o agazapado que domina la situación.

Muy diferente es la postura del que está escalando la montaña y tiene una vida espiritual sólida y progresiva. El sabe relativizar muchas cosas que no son lo esencial; en lo referente a la propia estima, sabe aceptar las contrariedades de la vida con espíritu de fe, tiene una práctica habitual y gozosa de la oración personal que le gratifica interiormente y le hace descubrir la Presencia amorosa de Dios en todas las cosas, ama a las personas con las que convive y con las que trata en la pastoral. Su trabajo apostólico está integrado dentro del conjunto de su Vida consagrada. Es una persona que se lo ha jugado todo por el Reino de Dios.

Naturalmente que estas manifestaciones no siempre son tan limpias e impecables porque muchas veces están mediatizadas por los estados de ánimo, por las heridas afectivas de la infancia, por el temperamento de cada uno... Pero nos damos cuenta muy bien en qué grado cada uno y cada una ha sido conquistado por el Señor.

Cuando la vida de oración se ha reducido a estructuras

Esto sucede con frecuencia con las oraciones vocales cuando se las pone como el modo privilegiado y casi único de oración de la Iglesia, como sucede con las

oraciones tradicionales de un Instituto y aun con las horas canónicas. Hay religiosos, religiosas y Congregaciones enteras que por razón de las urgencias “apostólicas” casi han reducido su oración a rezar Laudes y Vísperas. Y hasta se ha podido llegar a extremos caricaturescos como cuando se rezaba el breviario por imposición canónica y algunos sacerdotes, emprendían “la carrera contra el pecado mortal” y en un cuarto de hora rezaban todos los salmos antes de que dieran las 12 de la noche.

La verdad es que lo que se puede ver y tocar, lo que se puede contabilizar va tomando el puesto central como el comprobante que me permite afirmar “ya he rezado”. Estos rezos se convierten a veces en palabras ociosas que no tocan la vida si no van acompañados de una oración personal, prolongada, a solas con El solo. La oración válida no es la que se hace por cumplir lo que está prescrito, sino aquella que brota del corazón y me hace crecer en la fe y el amor.

Primacía y exclusividad de las horas canónicas

Creo que no es ofender a nadie afirmar que el rezo de algunas horas canónicas como única oración oficial y suficiente, ha sido pernicioso para la Iglesia y para la vida consagrada activa. Hoy son muchos los sacerdotes diocesanos, los religiosos y religiosas de vida activa que casi no tienen otro alimento espiritual y que se quedan en una mediocridad lamentable, con una gran fragilidad vocacional, con problemas afectivos y de relaciones de todo orden.

Lo más doloroso es que experimentan un vacío afectivo que les hace sentirse infecundos. Al principio tal vez la actividad apostólica produce satisfacciones gratificantes. Pero, si la acción apostólica no viene acompañada de una profunda vida de oración, a la larga se va perdiendo la motivación y el fervor y se tienen que buscar compensaciones en otras partes. El único apostolado auténtico es el que brota de la experiencia de Dios: “lo que hemos visto y oído, lo que hemos tocado con nuestras propias manos, el Verbo de la vida, esto es lo que anunciamos” (1 Jn. 1,1-3).

Lo que nos muestra la historia²

Desde el inicio de la Vida Religiosa tomó un puesto central la oración. Los monjes solitarios tendían a la contemplación mediante la lectura y meditación de la Palabra de Dios. Y también practicaban la “oración continua”. Había que asimilar de tal modo las palabras de los salmos que salieran de la intimidad del alma de modo espontáneo. Se quedaban en ciertas palabras o frases de mayor densidad espiritual. Casiano evita las oraciones largas o rutinarias, quiere que se reciten los salmos pausadamente y que se mediten en silencio. No es la cantidad, sino el conocimiento gustoso lo que se busca. La oración personal desborda las horas. Hay un vínculo necesario y esencial entre las dos. Esto es lo que dará lugar después a las horas canónicas.

San Agustín subraya la dimensión interior “la petición ha de venir no de los labios, sino del corazón”, San Benito pone tiempos de silencio después de Completas y entre Maitines y Laudes. Así mismo en el s. XIII “para dedicarse a la oración y contemplación”. “El deseo del corazón importa más que el murmullo de la voz”.

Las celebraciones litúrgicas no fueron una prerrogativa de los benedictinos, que eran monjes, sino más bien de los Canónigos Regulares, que eran sacerdotes. Esta es propiamente la liturgia de la Iglesia. Ahora bien, la Regla benedictina que monopolizó la vida monástica de occidente desde el s. IX, puso como centro el Opus Dei, es decir, el Oficio Divino al que se le dedicaba inicialmente unas cuatro horas diarias, que fueron luego incrementándose en reformas sucesivas hasta siete horas en Cluny (s.X). Al mismo tiempo la “Lectio divina” ocupaba de tres a cinco horas.

En la vida contemplativa antigua y actual se dedica mucho tiempo al canto de las horas canónicas, pero también a la “lectio divina”: lectura, meditación, oración, contemplación. Es un proceso que desemboca en la contemplación en la que se permanece al llegar al “descanso de la cumbre”, después de la subida al monte. Las Ordenes contemplativas suelen dedicar de dos a tres horas diarias a esta oración personal.

² P. Jesús Álvarez Gómez, CMF. Historia de la Vida Religiosa, 2ª ed. 1996, t. I, p.206; t. II, p.54-55; t. I, p.547.

1. Reflexión Teológica

Muchas Ordenes antiguas e Institutos religiosos actuales comenzaron con un fervor admirable, movidos por el fuego del Espíritu. Las que después de un determinado tiempo fueron decayendo o se extinguieron, dieron lugar a reformas o nuevas creaciones que fue como una nueva vuelta al Evangelio y a la inspiración primera.

Cuando se va perdiendo el primer impulso, -tanto en las instituciones de la Iglesia como de la sociedad- generalmente se refuerzan las estructuras como tabla de salvación, como para convenirse de que todo funciona a la perfección. Es agarrarse de lo concreto, de lo contabilizable que se puede comprobar.

Se quiere ser realista. Los buenos deseos que no llegan a la categoría de un acto humano pleno por no expresarse en acciones concretas, comprobables, nos deja decepcionados. Un deseo de oración que no se manifiesta estando tanto tiempo en la capilla o realizando tales rezos; un deseo de fraternidad que no se concreta en estar presente en los actos comunes o en estar disponible para servir...no es verdad.

Pero si los actos concretos pierden su motivación o su sentido... Y es lo que nos pasa cuando a fuerza de dar sólo importancia a las estructuras, perdemos el espíritu. A base de repetir actos externos que no están acompañados por la limpieza de corazón y por la oración personal que les pone el alma, se quedan en un esqueleto sin carne, en un cuerpo sin alma. Obras apostólicas o sociales o pedagógicas o de salud o parroquiales que nacieron de un apasionado amor a

Cristo y a los hermanos y hermanas, fueron perdiendo la motivación y ahora no se distinguen de cualquier otra institución del estado o de un sindicato o de un partido político. Los que nos ven actuar, pueden preguntarnos: ¿Eres Tú el que ha de venir o esperamos a otro?

Diversas costumbres y manifestaciones insatisfactorias

1. *Laudes y Vísperas como única oración.* Si se hacen otras plegarias, están en segundo lugar y condicionadas al trabajo. Así interpretan lo que dicen las Constituciones.

Ahora bien, si la oración se reduce a recitar unos salmos sin haberlos gustado antes en la oración personal, puede quedar todo en un acto intrascendente que no afecta la vida.

2. Costumbres que impiden la oración contemplativa.

Es frecuente entre religiosos y religiosas comenzar la mañana con el rezo de Laudas y dejar luego un rato para la oración personal, mientras esperan que llegue el sacerdote para la Misa. En ese espacio ni hay tiempo ni ambiente para entrar en una oración sosegada para saborear la Palabra de Dios. Todo queda en la superficie. Después ya empieza la vorágine de la actividad en el Colegio o la oficina o en la clínica que absorbe todas las horas del día.

El pecado no está en rezar Laudas, sino en que no se da tiempo para la oración

personal, que es el alma de los rezos y de la vida toda. Lo que no se puede aceptar es que los Laudes y Vísperas se consideren “la” oración de la Iglesia, la única válida y que se le dé como un valor sacramental de modo que baste recitar materialmente los salmos para ser persona de oración. Hay muchos religiosos, religiosas y sacerdotes que se contentan con esto.

Cuando las horas canónicas se rezan o cantan con devoción son una hermosa y profunda experiencia religiosa. Sin embargo, recordemos lo que nos dice el Concilio: “la liturgia no abarca toda la vida espiritual. En efecto, el cristiano llamado a orar en común, debe no obstante, entrar también en su cuarto para orar al Padre en secreto, más aún, debe orar sin tregua según enseña el Apóstol” (Vat. II, SC,12). Muchos y muchas no dan la primacía a la oración personal y más bien la sacrifican fácilmente para dar paso a otras oraciones o devociones que no transforman la vida.

Al iniciar la formación se pone todo el empeño en enseñar a manejar el breviario, en aprender cantos apropiados... Está bien; pero está mal que no se ponga más empeño en introducir al joven en la oración personal, especialmente contemplativa, que le lleve a un conocimiento “sabroso” de Cristo, a una fascinación que capte su afectividad profunda y conduzca a la entrega de la persona al amor y seguimiento de Cristo. “La oración litúrgica se puede dispensar porque pertenece al Derecho de la Iglesia; la oración personal no puede ser dispensada porque es de derecho divino” (Julián Riquelme, O.P.)

El paso de la vida contemplativa a la activa

Parece que muchos y muchas aún no han encontrado la fórmula adecuada al dar este paso en lo tocante a la oración. Durante siglos no hubo otra clase de vida religiosa que la contemplativa y fue excluído drásticamente todo brote de apostolado. Entonces lo ordinario era pasar largo tiempo en el canto de las horas canónicas. Al irrumpir la Vida Religiosa activa, se dio un nuevo desafío, el de integrar el apostolado en una vida consagrada que tiene como origen y centro la experiencia de Dios. No fue fácil encontrar la medida exacta.

Al principio se creyó que el dedicar la mayor parte del tiempo a la acción era destruir la Vida Religiosa y se quería exigir largas horas de oración. Iniciaron ya esta “activización” de la Vida Consagrada las Ordenes Mendicantes, sobre todo al encontrarse con las enormes necesidades de evangelización en América. Pero en el s. XVI, al nacer los Clérigos Regulares y especialmente por influencia de Ignacio de Loyola, se fue reduciendo el tiempo de la contemplación y aumentando el de la acción. Después de muchas dudas y tanteos e incomprendiones, se llegó a un término aceptable de alrededor de una hora de oración personal, además de los rezos y del examen de conciencia. 450 años de experiencia parece puede tomarse como confirmación de una práctica satisfactoria. Muchos Institutos de vida activa han incluido en sus costumbres y Constituciones al menos una hora seguida de oración personal. Esto da solidez y autenticidad a una vida espiritual.

1. Reflexión Teológica

Son muchos los religiosos y religiosas que han “saboreado” el encanto y la fascinación del Señor y sienten la necesidad de prolongar el tiempo de estar con El y de ahondar en el silencio interior. Estas personas entienden y hablan el mismo lenguaje y sienten una profunda empatía con quienes viven lo mismo en cualquier parte del mundo y en cualquier confesión religiosa, lo mismo que en cualquier tiempo de la historia.

La oración transformante

La contemplación no se detiene en ideas bellas o en profundidades teológicas, sino que busca saciar el alma con el gozo de la mutua comunicación por amor, se busca —como dice San Ignacio(2)— “sentir y gustar de las cosas internamente”, es decir, que los conocimientos han de bajar al corazón. Contemplar significa mirar, pero también amar, es la “oración de corazón”. El término de la oración es crecer en la fe y el amor, y en el proceso se ha de pasar por la “conversión afectiva” para llegar a vivir en un “estado de amor” en relación con Dios y los hermanos y hermanas. El Señor ha de llegar a ser “el gran Amor de mi vida”, centro y motivación de todos los otros amores. Un amor totalizante que ocupa toda la persona (P. Imoda) y lleva a vivir: la “ortodoxia” (criterios evangélicos), la orto-patía (afectividad-amor ordenada), la “orto-praxis” (actividad apostólica testimonial). Entonces la persona goza de una gran paz y alegría interior, proveniente de la armonía y unificación del corazón.

La oración personal lleva a la transformación de la persona, a la conquista de

la afectividad profunda y conduce hasta los secretos del Corazón de la Trinidad. Confronta a la persona con el Evangelio y la fuerza del Espíritu le lleva hacia la identificación con Cristo. El amor va haciéndole salir de sí misma para vivir ya sólo para Dios y para los demás.

Se han hecho toda clase de estudios y clasificaciones de la oración: contemplación adquirida e infusa, diversidad de estilos y métodos según infinidad de espiritualidades, oración para incipientes, proficientes, perfectos, místicos... En realidad —a mi parecer— **no hay más que una clase de oración personal**, tanto para los de vida activa como de la contemplativa, para laicos, sacerdotes o religiosos, religiosas, para los proficientes y para los místicos... Son diversas formas, pero todas siguen el dinamismo del amor. Claro está que quienes se inician en la oración pueden usar con provecho ciertos métodos para ponerse en la presencia de Dios, para relajarse, para centrar la atención, para dar prevalencia al entendimiento o a la afectividad... pero siempre se da un proceso de simplificación que desemboca en un diálogo de amor que lleva a la identificación con Cristo y a la entrega incondicional. Y cada vez con menos palabras, imágenes, textos, escenas, para reducirse a un diálogo interior o a una atención amorosa.

El proceso habitual

El proceso es el mismo en todos los casos:

1. Previamente se requiere la **purificación** de todos los afectos o amores

desordenados que me apartan del camino de Dios. Sólo así queda el camino expedito para el seguimiento de Cristo.

2. Por la contemplación se entra en el conocimiento sapiencial del Señor. No es meramente especulativo o científico. No es saber, sino saborear. Es un conocimiento afectuoso, vibrante, fascinante que se da bajo la acción del Espíritu.
3. Del conocimiento brota el amor. Cuanto más profundo y totalizante sea el conocimiento, el amor será más apasionado y absorbente.
4. El amor pone en marcha un dinamismo que conduce a la **identificación** con el Amado “atraídos por la gustada suavidad” (S. Bernardo). No tanto en los actos externos, la identificación es en los criterios, actitudes, sentimientos hasta llegar a tener una misma Vida, un mismo Amor. Hasta poder decir como Pablo de verdad “Vivo yo, ya no yo, es Cristo quien vive en mí”.
5. Y del amor e identificación se pasa a la **entrega** de toda la persona al

Señor: “Tomad, Señor, y recibid toda mi libertad, entendimiento, capacidad afectiva, todo lo que soy y tengo. Disponed a toda vuestra voluntad”.

Este itinerario se da en la vida activa lo mismo que en la contemplativa, en el religioso y religiosa lo mismo que en el sacerdote diocesano, en el laico y laica. No hay otro camino. Ahora bien, en la vida activa, la identificación con Cristo incluye asumir **su misión evangelizadora** al servicio de los hermanos y hermanas. Pero el punto de partida ha de ser la experiencia de Dios en la oración personal. De allí brotará la necesidad de comunicar a los y las demás la Buena Nueva.

El proceso de la vida de oración

Muchos autores, especialmente en la Edad Media, han expresado este proceso y describen minuciosamente los grados de oración o de amor que se dan en la vida espiritual. Así San Agustín en el s.V o S. Bernardo en el s. XII³.

³ San Agustín. El progreso en la perfección es el progreso en el amor: 1. Pasar de una vida tibia y negligente a una vida fervorosa centrada en la caridad. 2. Perseverancia en el bien y crecimiento en la caridad. La Presencia de Dios se hace presente. 3. La medida del amor a Dios es amarle sin medida. El alma se sumerge en el seno de Dios como en un océano de amor divino. 4. La unión mística, unión íntima y habitual con Dios hasta hacerse uno con el Amado. San Bernardo: 1. Del conocimiento de sí mismo, se pasa al de los demás y de Dios. El amor comienza a ser caridad cuando pasa de ser carnal a espiritual. 2. A medida que va conociendo la bondad de Dios, el amor va pasando de ser mercenario a ser filial y a entregarse a Dios por devoción. 3. Se ama a Dios por sí mismo. Se inclina a sujetarse a la voluntad divina por amor. 4. Amor místico. Dios arrebató el alma para hacerla esposa e introducirla en el mismo amor con que Dios se ama.

1. Reflexión Teológica

La oración que hace crecer en la fe y el amor

Todos tenemos la experiencia de encontrarnos con personas que llaman la atención por su total disponibilidad para el bien, por su sensibilidad hacia las necesidades de los otros, otras, especialmente de los pobres, por su mirada simpaticante y acogedora, por sus palabras amigables y transparentes, por su abnegado compromiso apostólico. Es decir, se descubre a una persona que ama, que vive en un “estado de amor”, que ya no vive para sí, sino para Dios y para los y las demás.

Es la persona que ha dado paso al Espíritu, que ha ido purificándose de malos hábitos y tendencias y que en la oración continuada ha ido robusteciéndose en la fe y creciendo en el amor. Es el efecto de la oración personal transformante. Y éste es el termómetro —no las consolaciones espirituales o la devoción, no la duración de los rezos, no las disposiciones eclesíásticas— para medir la autenticidad de la oración.

Mar adentro

El dinamismo del amor llega hasta la conquista de la afectividad profunda de la persona en todas sus dimensiones.

La **dimensión sensorial**, de la sensibilidad. Es la impresión que deja todo lo que se toca, se ve, se gusta, se oye, se huele con los sentidos. Aquí entra la sed, el hambre, el sueño, la emotividad. Es el nivel animal. Lo que afecta a la persona tiene repercusiones fisiológicas: lágrimas, sudor. En un primer momento la reacción es instintiva, pero en un segundo momento puede

entrar la libertad para aceptar o rechazar tal sensación.

En la **dimensión psíquica**, tanto en el nivel personal como en el de las relaciones con otros y otras, también se da un primer momento dominado por los impulsos de los instintos y tendencias, pero tiene ya mayor intervención la voluntad libre.

Pero el campo decisivo es el **amor espiritual** (racional-volitivo). El amor ya no depende de circunstancias externas: salud-enfermedad, prosperidad-pobreza... porque la otra persona ya ha entrado en mi vida como otro yo. En esta tercera dimensión la libertad tiene una influencia decisiva. También en la vida espiritual el amor a Dios y al prójimo es consistente y no depende de consolaciones o sequedad ni de las contrariedades de la vida, es un amor profundo y que atraviesa todas las edades de la vida.

Es más, desde esa cumbre del amor espiritual se inicia un proceso de conquista de los otros niveles de modo que el nivel psíquico y el sensorial quedan incorporados en el del amor total. Va cambiando la escala de valores, los intereses ya no son los personales, sino los del Reino. El amor a Cristo se apodera del corazón de la persona y todos los otros intereses y amores se unifican y toman Sentido.

Llegar a estas profundidades en la transformación de la persona, sólo puede ser obra del Espíritu Santo con una generosa colaboración del sujeto. Supone dar a la oración el primer puesto entre todas las cosas importantes que hay que hacer

cada día y una actitud interior de plena disponibilidad. De aquí que, si las prácticas de devoción que hacemos o las oraciones que rezamos se quedan en la superficie y no transforman a la persona por dentro, pueden dejarnos estancados en una mediocridad perpetua.

Da la impresión de que muchos religiosos, religiosas y sacerdotes diocesanos no llegan a alcanzar estas profundidades de una espiritualidad totalizante y transformante. Unos, unas porque no son capaces de dedicar el tiempo y el interés que requiere la oración personal y otros, otras porque buscan algo original que les distinga del resto de los cristianos, cristianas y abandonan el único camino correcto.

La Espiritualidad sacerdotal. Un caso concreto es el de los sacerdotes diocesanos. Se ve a algunos muy empeñados en delinear una espiritualidad propia, distinta de la de los religiosos y centrada en lo que es específicamente sacerdotal. Está muy bien que acentúen estos rasgos; pero creo que la especificidad no está en rechazar la oración personal contem-

plativa como si fuera exclusiva de los religiosos y religiosas. Con lo cual se empobrece enormemente la espiritualidad sacerdotal. La oración personal no es la característica del religioso, sino del cristiano. Más aún, de cualquier ser humano ya que Dios nos ha creado con una sed inmensa de lo Trascendente que sólo puede saciarse en El “Nos has hecho, Señor para Ti y nuestro corazón está desasosegado hasta que descanse en Ti” (S. Agustín). Se pone empeño en distinguir la espiritualidad sacerdotal de la de los religiosos, pero las razones que se dan no tienen mucho fundamento teológico⁴. Y por la falta de esa oración personal, se cometen con frecuencia desviaciones lamentables⁵.

Pero, por otra parte, hay sacerdotes que dan tiempo a esta oración personal y se nota en su vida y en su apostolado una profundidad y un fervor que no se ve en todos. Y es curioso que en estos últimos años, hay grupos de sacerdotes diocesanos que buscan dar más sentido a su vida asociándose a algunas Congregaciones femeninas de espiritualidad eucarística o contemplativa.

⁴ Ermanno Ancilli. Diccionario de Espiritualidad, III, p.32-34

⁵ B Häring dice que los seminarios deberían tener como misión primordial la de ser una escuela de oración de modo que los sacerdotes pudieran ser hermanos y testigos visibles de su misión solidaria de promover el espíritu y la práctica de la oración. Y luego lamenta que “es fácil encontrar sacerdotes muy escrupulosos en la observancia de las rúbricas más minuciosas... mientras que se olvidan de la misión principal: la adoración de Dios en espíritu y en verdad. Esta desviación tiene como consecuencia el reducir la oración a una recitación sin contacto con las alegrías, las esperanzas, las angustias y los sufrimientos de los seres humanos. De esta forma viene a faltar una de las notas esenciales, cual es la integración entre fe y vida” NUEVO DICCIONARIO DE ESPIRITUALIDAD. Ed. Paulinas, 3ª ed. p.1022-1023.

Confirmación de los grandes maestros

Entre los muchos que se podrían citar, traeré sólo el testimonio de dos de ellos, Santa Teresa y San Ignacio de Loyola.

Santa Teresa

“La sustancia de la oración: amar mucho” Así resume todo el tema de la oración en Sta. Teresa el P. Maximiliano Herráiz⁶. Como sabemos, para Teresa la oración se centra en la relación de amistad. “Oración es tratar de amistad estando muchas veces tratando a solas con quien sabemos nos ama” (V 8,5). Los efectos de la oración se buscan en la vida decididamente orientada hacia el Amigo con quien se trata o se realiza la amistad (V 11,14; 4 M 1,7). Y “la mejor oración es la que deja mejores dejos”, o la que hace crecer las virtudes (Cta. a Gracián), la que irrumpe en obras de caridad y de asistencia al prójimo (5M 3,11).

Para Teresa el diálogo de amor con el Amigo se inicia cuando tenemos la experiencia y la certeza de “saberse amado”. El trato personal con Dios le va desvelando al hombre la verdad de que Dios “sabemos nos ama”.. Y la actitud fundamental de respuesta ha de ser la atención a la Persona del Amigo: “mirar que nos mira”. Nada hay que tanto dinamice la persona para la donación de sí misma como el saberse amada⁷.

Este es el don de la oración, el don de la amistad que Dios ofrece a todos y todas. “No todas las personas son hábiles para pensar, pero todas lo son para amar” (F 5,2). Por eso donde se da el amor, florece la oración. Y podemos añadir: donde se da la oración, florece el amor. Y el amor de amistad es totalizante, compromete a toda la persona. Por eso, el fracaso o éxito en la oración, es éxito o fracaso de la persona en su vida cristiana.

Otra consecuencia es que la oración sólo es transformante cuando abarca a toda la persona y llega al corazón.

Sólo el razonamiento no basta

La oración vivida como amistad afecta a toda la persona, pero no sucede lo mismo cuando es sólo “razonar” o “discurrir” (y menos el sólo recitar salmos u oraciones vocales) (V 13,22). Razonando y discutiendo la persona no sale de sí, se queda consigo misma, se mueve entre ideas, por más “espirituales” que sean. Se queda en un ejercicio mental que distancia cada vez a la persona, del amigo.

San Ignacio de Loyola

Los famosos Ejercicios espirituales de S. Ignacio están todos ellos centrados en la oración personal y orientados a la conquista del corazón. La intuición de Ignacio fue haber comprendido que conquistando el corazón se conquista a toda la

⁶ A zaga de tu huella. Ed. Monte Carmelo. Burgos, 2004, p.149

⁷ Herráiz, o.c. , p. 161.

persona. Si se logra que el amor a Jesucristo penetre en la afectividad profunda del ejercitante, está asegurado que esta persona se entregará sin condiciones a la búsqueda de la voluntad de Dios y al servicio de sus hermanos y hermanas. No hay en el hombre ni en la mujer ninguna fuerza tan grande como la de la **afectividad-amor** capaz de transformar a la persona por dentro y de lanzarla con una generosidad total a la entrega de sí mismo, sí misma a Dios y a su Causa. Y esto es lo que se busca sobre todo mediante la **oración personal**, especialmente de tipo contemplativo.

En el proceso de transformación afectiva hay un paso previo necesario que consiste en quitar los afectos o amores que me frenan o apartan del camino de Dios para sustituirlos por el amor de Jesucristo que de un modo gradual va conquistando la afectividad de la persona hasta llegar a la entrega total por amor.

Encuentro con el DIOS-AMOR

Los Ejercicios nos van llevando al descubrimiento y a la vivencia del Dios-Amor. En el Principio y Fundamento descubrimos al **Dios Amor-Creador**. El me amó primero y porque me amó, me creó. En medio del inmenso universo, Dios se me hizo cercano y estableció conmigo una relación Yo-Tú, de Padre a hijo e hija con infinita ternura. También se me descubre como **Dios Amor-Salvador** haciendo de mi vida una historia de salvación, historia de amor. El hombre y la mujer vienen de Dios por la creación y va a Dios por la salvación realizada por Cristo. Y ésta es

la mayor muestra de amor que Dios nos ha dado. “¡Tanto amó Dios al mundo!”.

En las meditaciones del pecado no se pretende que el ejercitante se quede con un sentimiento de culpa, sino que descubra que **Dios es Amor-Misericordioso**. Es una nueva faceta que puede experimentar quien se ha sentido pecador y ha encontrado el calor y la acogida de los brazos del Padre que le esperaba.

Pasada la primera etapa de purificación, en la Segunda Semana, se entra en la contemplación de la figura fascinante de Jesucristo como imagen visible del Dios invisible, encarnación humana del amor incondicional del Padre. A medida que se va adentrando en el conocimiento de Cristo se descubre en El al Dios Amor-Encarnado. Y en sus actuaciones en las diversas situaciones de la vida se le va descubriendo como **Maestro** que me hace su discípulo, discípula, como **mi Señor** que va tomando posesión de mí por el amor, como **Médico** que cura todas mis enfermedades... pero sobre todo, como **Dios Amor-Amigo**. Es el Dios humano que me invita a la intimidad con El y me lleva mar adentro, que se me hace contradictorio y derriba distancias, que me habla al corazón de Tú a tú y que al fin me da la máxima muestra del amor entregando su vida por mí. Cuando ya nos hemos adentrado en la amistad, Jesús me descubre el fuego que arde en su corazón que le lleva a dedicar todo su tiempo e ilusión a procurar la salvación del mundo. Es el **Dios Amor-Apóstol**, el enviado del Padre. Y me invita a colaborar en su Causa que es instaurar el Reino de Dios ya ahora en el mundo.

1. Reflexión Teológica

En la Tercera Semana ese amor se vuelve doloroso, es el **Dios Amor-Paciente**, el Dios crucificado, que me invita a una contemplación silenciosa y agradecida. Y al recorrer cada una de las escenas y de las palabras, voy descubriendo que todo ha sido por mi amor. Y en la última etapa, la Cuarta Semana se me invita a identificarme con el Cristo glorioso que me llena de “tanta gloria y gozo de Cristo Nuestro Señor”. Es el **Dios Amor-Glorioso**.

Finalmente en la Contemplación para alcanzar amor, se hace la síntesis de los Ejercicios y de toda la Espiritualidad de la vida activa al presentar al **DIOS-AMOR** trascendente e inmanente, que entrega al hombre y a la mujer todos los beneficios de la creación y salvación, los beneficios particulares que descienden “de arriba”, así como las aguas del río descienden de la fuente. Esto provoca en el ejercitante la entrega agradecida de toda su persona al Señor y se compromete a seguirle para “en todo amar y servir”.

La oración en la vida

Sería muy pobre una oración que se redujera a una hora al día. “Oren sin intermisión” nos dice San Pablo, y esto es lo que brota espontáneamente del corazón cuando el amor está encendido, cuando se vive en un “estado de amor”. Como una mamá que no está pensando continuamente en su hijito o hijita, pero tiene una profunda vinculación afectiva

con él que hace que cualquier cosa que le sucede a su hijo o hija provoque en ella una respuesta de amor.

La oración continua consiste en “encontrar a Dios en todas las cosas” o, lo que es equivalente, en ser “contemplativo también en la acción”⁸.

Dios está en todas las cosas: en la naturaleza, en las personas, en la Eucaristía, en los pobres...y en los ricos, en el propio corazón. Y también está en las adversidades, en el odio y la maldad; pero en estos casos, su presencia es una protesta contra un mundo mal hecho por el egoísmo humano y una exhortación a trabajar por hacer un mundo mejor.

La oración continua no se consigue a base de técnicas o de trucos psicológicos sino con la limpieza de corazón. Bienaventurados los limpios de corazón porque ellos “verán a Dios”. Lo verán en la tierra, en todas las cosas. Tener limpio el corazón significa tener una sola intención, buscar sólo el Reino de Dios.

No es fácil reconocer a la primera a Dios en las personas, en los acontecimientos. María Magdalena lo confundió con el hortelano, los de Emaús con un caminante cualquiera, los Apóstoles con un fantasma o con un impertinente en la playa. Al Señor sólo se le re-conoce en la vida cuando antes se le ha conocido en la intimidad de la contemplación. María le reconoció cuando pronunció su nombre

⁸ La primera expresión es de San Ignacio en su Autobiografía (n.99), y la segunda, del P. Jerónimo Nadal refiriéndose a S. Ignacio al que llamaba también “místico de la acción”.

porque antes le había llamado docenas de veces con el mismo tono de voz. Y los de Emaús le reconocieron al partir el pan porque se lo habían visto partir en otras ocasiones. Y los Apóstoles, cuando les dijo “echen la red a la derecha” porque en otra ocasión se lo dijo y se dio la pesca milagrosa. Es decir, que para ser contemplativo en la acción, antes hay que ser contemplativo en la contemplación.

En conclusión

No pretendo decir una palabra definitiva ni menospreciar otras perspectivas o tradiciones espirituales, pero tampoco quisiera quedarme en consideraciones abstractas.

La experiencia de muchos años me ha mostrado que una vida espiritual sólida y profunda, capaz de alimentar una fe robusta y de producir una plenificación afectiva, proviene de una práctica habitual de oración que de verdad es una “experiencia fundante”, de la que deriva y toma sentido todo lo demás.

Esto se ve en aquellas personas que, entre todas las actividades que realizan, dan la primacía a la oración personal a solas con el Señor y dedican a ella habitualmente la mejor hora del día. Es una oración sosegada y transformante, sea que

luego haya rezos o no los haya, con Laudes o sin Laudes. Una vida espiritual fundamentada sólo en rezos y actos devocionales puede ser un “entretenimiento piadoso”, pero generalmente no cambia las actitudes profundas de la persona ni lleva a la conversión afectiva.

Es hora de aclarar conceptos y de no quedarnos en slogans brillantes ni en justificaciones “teológicas” para seguir con una vida consagrada instalada y superficial o en un activismo desbordante.

La mayoría de los Institutos de Vida Consagrada toman con seriedad la vida espiritual y sus prácticas pueden considerarse un modelo adecuado para la vida activa. Además de la hora de oración personal, tienen la Eucaristía diaria (ojalá que sea vivencial y compartida); el examen de conciencia al fin del día, no sólo revisando las faltas cometidas, sino sobre todo agradeciendo la presencia amorosa de Dios a lo largo del día; el acompañamiento espiritual periódico, especialmente durante la formación; una vez al año los Ejercicios de ocho días, y algunas veces un día de Retiro. Naturalmente que esta vida espiritual ha de integrarse con un apostolado comprometido y una vida comunitaria verdaderamente fraternal. Muchas personas consagradas se sienten plenamente centradas y realizadas en su vocación.